

la última cena en la sangre que derramó y en el cuerpo que ofreció en holocausto.

VOCES DE JÓVENES (de media altura de la cúpula).—El Redentor, á quien ensalzáis, ha convertido por vuestro bien la sangre y el cuerpo de su sacrificio en el vino que bebéis y en el pan que hoy os alimenta.

LOS CABALLEROS (primer coro).—Tomad el pan y fortificad vuestro cuerpo; sed fieles hasta la muerte y esforzados en las penas para realizar las obras del Salvador. (Segundo coro). Tomad el vino y convertidlo en sangre vigorosa; estad unidos como buenos hermanos y luchad con valor.

(Se levantan con solemnidad y se tienden las manos).

TODOS LOS CABALLEROS.—¡Bienaventurados en la fe! ¡Bienaventurados en el amor!

LOS JÓVENES (desde media altura de la cúpula).—¡Bienaventurados en el amor!

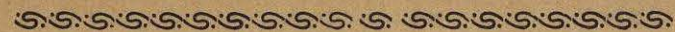
MUCHACHOS (desde la parte más elevada).—¡Bienaventurados en la fe!

(Durante la comida, en la cual no ha tomado parte, Amfortas vuelve poco á poco en sí de su éxtasis: inclina la cabeza y pone la mano en la herida. Los muchachos se le acercan; sus gestos indican que la herida vuelve á manar sangre: cuidan á Amfortas, vuelven á colocarlo en la litera, y mientras todos se preparan para marcharse, se llevan á Amfortas y la caja sagrada con el mismo orden en que han venido. Los caballeros y escuderos se disponen también en orden de marcha y abandonan lentamente la sala, de la que desaparece gradualmente la luz del día. Las campanas tañen de nuevo.—Cuando Amfortas suelta un grito de dolor, Parsifal hace un movimiento repentino con la mano hacia el corazón, y la mantiene un rato sobre el mismo, temblando: luego permanece largo rato como encantado é inmóvil. Cuando los últimos abandonan la sala y las puertas se vuelven á cerrar, Gurnemancio se acerca enojado á Parsifal y le sacude, cogiéndolo por un brazo).

GURNEMANCIO.—¿Qué haces aquí todavía? ¿Sabes lo que has visto? (Parsifal sacude un poco la cabeza). ¡Eres un verdadero loco! (Abre una estrecha puerta lateral). ¡Fuera! ¡Anda por donde viniste! Y acuérdate que Gurnemancio te aconseja dejar en paz en lo sucesivo á los cisnes de este lugar. ¡A cazar á otra parte!

(Da un empujón á Parsifal y cierra la puerta estrepitosamente y con enojo. Mientras sigue á los caballeros, cae el telón).





ACTO II

Castillo encantado de Klingsor.—Interior de una torre con una abertura en el techo; gradas de piedra conducen al borde de las almenas de la torre; obscuridad en el fondo, al que conduce una prominencia del muro, representada por las tablas. Instrumentos y aparatos de nigromántico. Klingsor sentado á un lado de la prominencia del muro, delante de un espejo de metal.

KLINGSOR.—Ya ha llegado el momento; mi castillo encantado atrae ya al loco que, con infantil alegría, se viene acercando de lejos. La maldición mantiene en sueño letal á esa infeliz, á quien sé librar de su letargo. ¡Ea, pues; á la obra! (Desciende algún tanto hacia el medio y enciende una sustancia que pronto llena una parte del fondo de un humo azulado. Luego vuelve á su sitio primitivo y con ademanes misteriosos grita hacia el precipicio que tiene á sus pies): ¡Arriba! ¡Hacia acá! ¡Ven á mí! Tu dueño te llama, innominada. ¡Archidiablo en figura de mujer, rosa del infierno! Fuiste Herodías y ¿qué más? Allá Grundigya, aquí Kundría: ¡ea, ven, Kundría! ¡Tu dueño te llama!

(Envuelta en la azulada luz aparece la figura de Kundría. Se la oye dar un grito de horror como si despertara de un profundo sueño).

KLINGSOR.—¿Despiertas ó no? ¡Ah! Hoy también has acudido á tiempo á mi llamamiento. (Kundría suelta un grito de dolor muy vivo que se apaga gradualmente, terminando en un ligero gemido). ¿Dónde estabas? ¡Quiá! ¿Allá con esa pandilla de caballeros que te tratan como á una bestia? ¿No prefieres estar conmigo? Cuando me cogiste á su Rey... ¡ja, ja!... el casto guardián del Gral, ¿por qué te fuiste otra vez?

KUNDRÍA (con voz ronca é intermitente, como esforzándose en recobrar el habla).—¡Ah! ¡Ah! ¡Tétrica noche! ¡Delirio! ¡Ah! ¡Furor! ¡Oh, dolor! ¡Sueño, profundo sueño! ¡Muerte!

KLINGSOR.—¿Otro te ha despertado, eh?

KUNDRÍA (como antes).—¡Sí! ¡Mi maldición! ¡Oh, deseo irresistible!

KLINGSOR.—¡Ah, ah! ¿Deseas ver á los castos caballeros?

KUNDRÍA.—Allí, allí serví yo.

KLINGSOR.—¡Ya! ¿Para resarcirles del daño que tan malignamente les causaste? Es inútil: todos ellos son venales si yo les ofrezco el premio que desean; el más tenaz cae en tus brazos y sucumbe á la lanza que yo mismo arranqué de las manos de su rey. Hoy se trata de vencer al más peligroso, que viene protegido por el escudo de la locura.

KUNDRÍA.—¡No lo quiero! ¡No, no!

KLINGSOR.—Has de quererlo, porque lo debes.

KUNDRÍA.—Tú no puedes obligarme á ello.

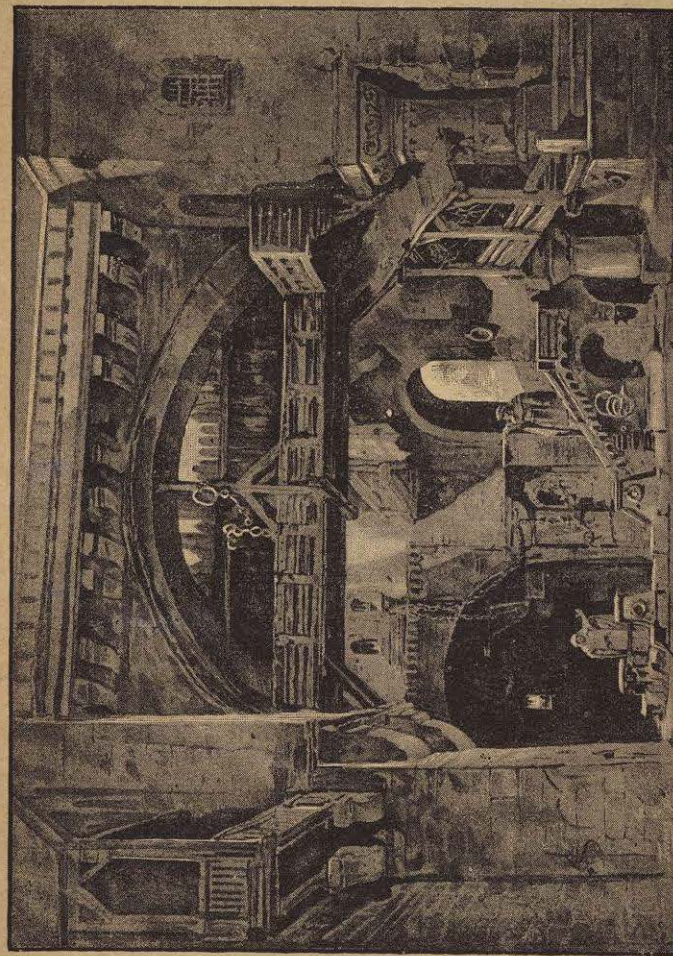
KLINGSOR.—Pero puedo cogerte.

KUNDRÍA.—¿Tú?

KLINGSOR.—Tu señor.

KUNDRÍA.—¿Con qué fuerza?

KLINGSOR.—¡Pues! Porque soy el único contra quien nada puedes.



KUNDRÍA (con una carcajada).—¡Ja, ja! ¿Tú eres casto?

KLINGSOR (furioso).—¿Qué preguntas, mujer maldita? (Cae en profunda meditación). ¡Tormento cruel! ¡Ahora el diablo se ríe de mí, porque en otros tiempos luché por ser santo! ¡Tormento cruel! ¡Oh, dolor insoportable del deseo desenfrenado! El impulso infernal de terribles instintos que yo creía haber acallado para siempre, ¿se ríe ahora y se mofa de mí por tu boca, esposa del diablo? ¡Guárdate de ello! Alguien ha pagado caras sus mofas y su desprecio: en otros tiempos, el orgulloso devoto, fuerte en su santidad, me rechazó lejos de sí: su raza ha caído en mi poder; el guardián del santo padecerá sin remisión; y pronto, así lo espero, yo mismo guardaré al Gral. ¡Ja, ja! ¿Te gustó Amfortas, el héroe que te dí por compañero en tus placeres?

KUNDRÍA.—¡Oh, dolor, dolor! ¡El también débil! ¡Todos débiles! ¡Todos caídos, como yo, ¡Dios mío! ¡oh, sueño eterno, única salvación! ¿Cómo podré yo alcanzarte?

KLINGSOR.—¡Ah! El que te resistiera te libraría: inténtalo con el muchacho que se acerca!

KUNDRÍA.—No. ¡No quiero!

KLINGSOR.—Ya escala la fortaleza.

KUNDRÍA.—¡Ay, desdichada de mí! ¿Para esto me has despertado? ¿Lo debo? ¿Es posible?

KLINGSOR (ha subido sobre el muro de la torre).—¡Qué guapo es el muchacho!

KUNDRÍA.—¡Ay! ¡Desdichada de mí!

KLINGSOR (dirigiéndose hacia afuera; toca un cuerno).—¡Ea, ea! ¡Guardas! ¡Caballeros! ¡Héroes! ¡Sús! ¡El enemigo se acerca! (Afuera crece el bullicio y el rumor de las armas). ¡Cómo se precipitan sobre el muro, los celosos egoístas en defensa de sus hermosas! ¡Así, así! ¡Valor! ¡Ah! No tiene miedo: ya ha desarmado al héroe Ferris; con el arma de éste acomete á toda la cuadrilla.

(Kundría empieza á reir fuerte). ¡Torpes! A ese le ha cortado un brazo, á esotro un muslo. ¡Ah, ah! Ya ceden... Ya huyen: no hay quien se libre sin herida. ¡Cuánto me alegro! ¡Así se estrangulen entre sí todos los caballeros del mundo! ¡Ah, qué altivo me siento sobre la almena! ¡Cómo sonrían las rosas de sus mejillas cuando dirige sus miradas con infantil sorpresa á ese solitario jardín! ¡Ea, Kundría! (Se vuelve. Kundría ha continuado riendo con risa convulsiva, y su risa se convierte finalmente en un estertoroso grito de dolor; su figura desaparece repentinamente; la luz azulada se apaga: oscuridad completa en el fondo). ¿Cómo? ¿Ya ha dado mano á la obra? ¡Ja, ja! Ya conozco el mágico secreto para lograr que te asocies siempre á mi servicio. ¡Tú, muchacho! Diga lo que quiera la profecía respecto á ti, has caído en mi poder, muy joven y muy torpe aún: perdida la castidad ¡ya eres mío!

(Se hunde lentamente con toda la torre; al mismo tiempo se eleva el jardín encantado y ocupa todo el escenario. Vegetación tropical; abundancia de flores lozanas; cierra el fondo la almena del muro del castillo, á cuyos lados se apoya la parte superior del edificio (de estilo árabe suntuoso), sobre la cual se extienden las terrazas.—Sobre el muro está Parsifal mirando con sorpresa hacia abajo, al jardín. Por todas partes y procedentes así del jardín como del palacio, acuden confusamente hermosas muchachas, primero de una en una, y luego en número cada vez mayor, apenas vestidas y con descuido, como si acabaran de levantarse).

LAS MUCHACHAS (saliendo del jardín).—¡Aquí ha sido el bullicio, el ruido de armas, los gritos salvajes!

LAS MUCHACHAS (saliendo del castillo).—¡Ah! ¡Venganza! ¡Sús! ¿Dónde está el criminal?

ALGUNAS.—Mi amante está herido.

OTRAS.—¿Dónde está el mío?

OTRAS.—Al despertar me encontré sola. ¿Adónde habrá huído?

OTRAS.—¿Dentro en la sala? Ay, todos están ensangrentados! ¿Quién es el enemigo? ¡Vedle, allá está! ¿Y la espada de mi Ferros? Yo lo ví; hacía temblar el castillo. Oí la bocina de nuestro dueño. Mi héroe acudió presuroso; todos acudieron, pero todos fueron recibidos con tenaz resistencia. ¡Temerario! Todos huyeron de él. ¡Tú, allá, tú! ¿Por qué nos causaste tantos desastres? ¡Maldito seas!

(Parsifal baja algo más hacia el jardín).

ALGUNAS.—¡Ah! ¡atrevido! ¿Osas resistir? ¿Por qué derrotaste á nuestros amantes?

PARSIFAL (sumamente sorprendido).—¿Cómo no había de batirlos, hermosas niñas, si me impedían llegar hasta vosotras?

OTRAS.—¿A nosotras buscabas? Pues qué... ¿nos conocías?

PARSIFAL.—Nunca había visto mujeres tan divinas: os llamo divinas; ¿os parece bien así?

OTRAS (pasando de la sorpresa á la alegría).—¿No serás nuestro enemigo?

PARSIFAL.—De ninguna manera.

LAS MUCHACHAS.—El daño que nos has causado es mucho y grande; has inutilizado á nuestros compañeros de juego: ¿quién jugará ahora con nosotras?

PARSIFAL.—De buena gana jugaría yo.

LAS MUCHACHAS (riendo).—Si nos quieres, no sigas tan alejado de nosotras; ya verás cómo te lo agradecemos si no nos rechazas; no jugamos por interés, jugamos por amor; si procuras consolar-nos, recibirás consuelo de nosotras.

(Algunas han desaparecido entre el follaje y reaparecen vestidas de flores y pareciendo tales ellas mismas).

LAS MUCHACHAS ADORNADAS (separadamente).—¡Dejad al muchacho! Es mío. ¡No! ¡No! ¡Mío! ¡Mío!

LAS OTRAS MUCHACHAS.—¡Ah, las pícaras! Se han adornado ocultamente.

(Estas se alejan y regresan luego vestidas de flores).

LAS MUCHACHAS (dando vueltas, juguetonas é infantiles, alrededor de Parsifal en filas alternadas y acariciándole suavemente las mejillas y la barba).—¡Ven, ven, amor mío! ¡Por tí me adorné de flores! Mis cuitas amorosas serán tu delicia.

PARSIFAL (en medio de ellas, sereno y sonriente).—¡Qué perfume esparcís! ¿Acaso sois flores?

LAS MUCHACHAS (ya aisladamente, ya varias á la vez).—Adorno de este jardín y espíritus odoríferos, nuestro dueño nos recoge en primavera; aquí crecemos en verano al sol y florecemos voluptuosamente por tí. Sénos, pues, propicio y no sea escaso el tributo que pagues á las flores. Si no puedes acariciarnos y amarnos, nos marchitamos y morimos.

PRIMERA MUCHACHA.—¡Recógeme en tu seno!

LA SEGUNDA.—¡Déjame refrescar tu frente!

LA TERCERA.—¡Deja que acaricie tus mejillas!

LA CUARTA.—¡Quiero besarte en la boca!

LA QUINTA.—¡No! ¡Yo! ¡La más hermosa soy yo!

LA SEXTA.—¡No, yo! Mi perfume es más suave.

PARSIFAL (esquivando suavemente su gracioso asedio).—Mezcla graciosa de extrañas flores, si queréis que juegue con vosotras, no me asediéis de este modo.

LAS MUCHACHAS.—¿Por qué nos reprendes?

PARSIFAL.—Porque os disputáis.

LAS MUCHACHAS.—Nos disputamos por tí.

PARSIFAL.—Pues dejadlo.

PRIMERA MUCHACHA (á la segunda).—¡Apártate tú! ¿No ves que me quiere á mí?

LA SEGUNDA MUCHACHA.—¡No, á mí!

LA TERCERA.—¡A mí más que á vosotras!

LA CUARTA.—¡No, á mí!

LA PRIMERA (á Parsifal).—¿Te apartas de mí?

LA SEGUNDA.—¿Huyes de mí?

LA PRIMERA.—¿Eres cobarde con las mujeres?

LA SEGUNDA.—¿No te fías?

VARIAS MUCHACHAS.—¡Qué malo eres, qué desdenoso, qué frío!

OTRAS MUCHACHAS.—¿Cómo permites que las flores cortejen á las mariposas?

ALGUNAS.—¡Vámonos, que está loco!

UNA MUCHACHA.—Le doy por perdido.

OTRAS.—¡Pues sea nuestro!

OTRAS.—¡No, nuestro! ¡No, mío! ¡También mío! ¡Aquí, aquí!

PARSIFAL (apartándolas algo enojado, quiere huir).—¡Dejadme! ¡No me cogereís!

(De una mata lateral de flores se oye la voz de Kundría).

KUNDRÍA.—¡Parsifal! ¡Detente!

(Las muchachas se asustan y se paran de golpe. Parsifal permanece inmóvil y estupefacto).

PARSIFAL.—¿Parsifal...? Así me llamó una vez mi madre soñando.

LA VOZ DE KUNDRÍA.—¡Quédate aquí, Parsifal! El placer y la felicidad te saludan. Apartaos de él, niñas enamoradas: flores que os marchitáis precozmente; no ha sido destinado este muchacho para jugar con vosotras! Retiraos á vuestra habitación y cuidad de los heridos: más de un héroe os está esperando solitario.

LAS MUCHACHAS (alejándose de Parsifal desalentadas y con resistencia).—¡Dejarte, esquivarte! ¡Oh, qué pena, oh, qué dolor! ¡De todo el mundo quisiéramos separarnos para quedarnos solas contigo! ¡Adiós, adiós! ¡Gracioso! ¡Orgulloso! ¡Loco!

(Al pronunciar esta última palabra desaparecen detrás del castillo soltando ligeras carcajadas).

PARSIFAL.—¿No es sueño cuanto acabo de ver? (Se vuelve temblando hacia el lado de donde llegó á sus oídos la voz que le dejó perplejo. Descubierta la ma-

ta de flores, ve una mujer joven de extraordinaria hermosura. Kundría, completamente transformada, aparece sobre un lecho de flores, en traje ligero y caprichoso como de odalisca).

PARSIFAL (todavía desde lejos).—¿Me llamaste á mí, innominada?

KUNDRÍA.—A ti te he llamado, casto loco, «fal parsi», á ti, loco casto: «Parsifal». Cuando tu padre Gamuret estaba muriendo en tierra de árabes, llamó con este nombre á su hijo que aún se hallaba en el seno de su madre. Aquí te esperaba yo á ti para decírtelo: ¿qué te ha traído sino el deseo de saber lo que ignorabas?

PARSIFAL.—No he visto, ni soñado jamás lo que ahora veo con el corazón oprimido. ¿Tú también te has desprendido de esa mata de flores?

KUNDRÍA.—¡No, Parsifal! Mi patria está lejos, muy lejos. He permanecido aquí únicamente para que pudieses encontrarme. Vengo de muy lejos, donde he visto muchas cosas. Ví al niño en el seno de su madre; aún me parece oír sus primeras palabras. Con el corazón embargado por el dolor, Herzeleide sonreía cuando reía el pedazo de sus entrañas, como para consolarla en sus pesares. Acostado en un lecho de mullido musgo, la madre le adormece con sus caricias y con solícitos cuidados vigila su sueño, despertándole por la mañana el tibio rocío de las lágrimas maternas. Todo en ella revelaba el llanto y el dolor interminable por el amor y la muerte de tu padre; para preservarte de igual desventura, creyó deber mantenerte lejos de las armas y de las luchas furiosas de los hombres, ocultándote con sigilo. ¡Qué inquietud, qué temor el suyo! Quería que esto no llegase nunca á tu conocimiento. ¿Ya no te acuerdas del grito plañidero que exhalaba cuando permanecías hasta muy tarde lejos de ella? ¡Ah! ¡Qué alegría, qué satisfacción la suya cuando después de mucho buscarte, daba contigo! Entonces te abrazaba impetuosa-

mente, y tú, ¡estabas inquieto cuando te besaba! Pero no sentiste su pesadumbre, la agitación de sus dolores, cuando por fin no volviste y se borraron tus huellas: te esperó noche y día, hasta que su gemido enmudeció, y destruido el dolor por el sentimiento, imploró una muerte tranquila: el pesar desgarró su corazón y... Herzeleide murió.

PARSIFAL (cada vez más triste, cae dominado por el dolor á los pies de Kundría).—¡Oh, dolor, dolor! ¿Qué he hecho? ¿Dónde estaba yo? ¡Madre! ¡Dulce, cara madre! ¿Tu hijo, tu hijo es la causa de tu muerte? ¡Oh, loco! ¡Insensato! ¿Adónde fuiste, que te olvidaste de ella? ¿Cómo pude olvidarme de ti, mi buena, mi adorada madre?

KUNDRÍA (siempre tendida, se inclina sobre la cabeza de Parsifal, coge con suavidad su frente y le ciñe amorosa el cuello con su brazo).—Si aún ignoras lo que es el dolor, y si la dulzura del consuelo no embalsamó aún tu corazón: ¡expía ahora el dolor y la necesidad que sientes, con el consuelo que te brinda el amor!

PARSIFAL (entristecido).—¡Madre mía! ¡Y he podido olvidar á mi madre! ¡Ah! ¿Qué no olvidé? ¿De qué me he acordado yo nunca? ¡En mí no vive sino torpe locura! (Se inclina cada vez más).

KUNDRÍA.—La confesión pondrá término á tu culpa y á tu arrepentimiento, y el reconocimiento convertirá tu locura en juicio: procura conocer el amor que se había apoderado de Gamuret cuando el ardor de Herzeleide le invadía abrasándole: el amor que te ha dado el sér y la vida; el amor que esquivan la muerte y la locura, te ofrece hoy la bendición materna como último saludo y el primer beso.

(Inclina completamente su cabeza sobre la de Parsifal y le imprime con sus labios un largo beso en la boca).

PARSIFAL (se levanta repentinamente con un ademán que revela el mayor espanto: muestra en sus

gestos que se siente mudado; comprime sus manos con fuerza contra su corazón, como para subyugar el dolor que le desgarras; por fin exclama): —¡Amfortas! ¡La herida! ¡La herida arde en mi corazón! ¡Oh, queja! ¡Queja horrible! La siento gritar desde lo más profundo de mi interior. ¡Oh! miserable! Yo vi la herida manar sangre: ¡ahora mana en mí mismo! ¡Aquí, aquí! (Mientras Kundría, llena de espanto y de sorpresa, le mira fijamente, Parsifal, completamente arrebatado, continúa): ¡No, no! No es la herida: ¡derrámese su sangre á torrentes! ¡Aquí! ¡Aquí en el corazón está el incendio! ¡El deseo, el terrible deseo que abrasa y subyuga todos mis sentidos! ¡Oh, tormento del amor! ¡Cómo todo se conmueve, tiembla y se estremece cuando sopla el deseo!... (Sumamente bajo). Su extática mirada está fija en el vaso sagrado: la sangre divina se enrojece: la delicia de la redención penetra con suavidad celestial en todas las almas: sólo de éste mi corazón no quiere desaparecer el tormento. Aquí siento la queja del Redentor; la queja por la profanación del santuario: «¡redímeme, sálvame de manos pecadoras!» Así resonó en mi alma la queja del Señor, con espantosa fuerza. ¿Y yo? ¿El loco, el cobarde? ¡Yo huí en busca de aventuras infantiles! (Cae desesperado de rodillas). ¡Redentor! ¡Salvador mío! ¡Todo misericordioso! ¡Pecador de mí! ¿Cómo expiaré mi culpa?

KUNDRÍA (cuya extrañeza se convierte en admiración apasionada, procura acercarse temblando á Parsifal).—¡Héroe prometido! ¡Huye de la ilusión! ¡Mírame! ¡No desdeñes la Huddin!

PARSIFAL (siempre en la misma postura y mirando fijamente á Kundría, en tanto que ésta se inclina hacia él, haciéndole las caricias indicadas en las palabras siguientes):—Sí! Esta voz! Así le llamaba; también reconozco esa mirada que le sonreía con tanta inquietad. Los labios, sí, así se es-

tremecían por él; así se inclinaba su cabeza; así la levantaba, con esa altivez; así ondeaban sus rizos, así le ceñía el cuello con el brazo, así le acariciaba suavemente las mejillas! Aliada á todos los dolores del tormento, ¡su boca le robó con un beso la salud del alma! ¡Ah! ¡Ese loco! (Al pronunciar esta última palabra se ha levantado lentamente; da un salto y aparta bruscamente á Kundría). ¡Corruptora! ¡Lejos de mí, lejos para siempre!

KUNDRÍA (con mucha pasión).—¡Cruel! Ah! ¡Si tu corazón siente solamente los dolores ajenos, participa ahora también de los míos! Si eres redentor, ¿quién te impide, oh malvado, que me comprendas también á mí en tu obra de salvación? Hace una eternidad que te espero, espero al Salvador, á quien en otros tiempos desprecié con altivez. ¡Ay! ¡Cuando conocí mi culpa, ya era tarde! ¡Ah! ¡Si conocieras la maldición que en el sueño y en la vigilia, en la muerte y en la vida, en las penas y en la risa, templando nuevamente mi alma para nuevos dolores, atormenta implacablemente mi existencia! Yo le ví á El, á El, y me eché á reír... entonces su mirada me alcanzó. Ahora le voy buscando de un mundo á otro con el deseo de encontrarlo: en mi supremo desconsuelo me parece estar cerca de sus ojos y ver ya su mirada descansar sobre mí: entonces la risa maldita vuelve á asomar en mis labios, ¡un pecador cae en mis brazos! Yo río, río, no puedo llorar: sólo puedo gritar, enfurecerme, agitarme, delirar en una noche de pesadilla que siempre se renueva, de la que despierto apenas cuando hago penitencia. Tú, á quien he deseado con ardor en mis agonías; tú, á quien he reconocido, tú, que has sido objeto de risa como un loco; déjame llorar en tu seno, deja que me una á ti, aunque sea por una hora y que me rescate y salve en tí, aun cuando me rechacen Dios y el mundo!

PARSIFAL.—¡Por toda la eternidad condenados tú y yo, si olvidara una hora sola mi misión para arrojarme en tus brazos! También te salvaré á ti, si vences tus deseos. El bálsamo que ha de poner término á tus padecimientos no te lo puede ofrecer el manantial que mana el dolor:... no esperes jamás tu salvación si no se cierra primero. Otra es la fuente por la cual he visto suspirar dolorosamente los hermanos de allá, que mortifican y atormentan la carne sufriendo los más atroces dolores. Pero, ¿quién puede reconocer el verdadero manantial de nuestra única salvación? ¡Oh misería! oh maldición! oh tétrica noche del delirio mundano! ¡Con el más ferviente deseo de lograr la salud eterna, consumirse en busca del manantial de la perdición!

KUNDRÍA.—Dime, ¿fué mi beso quien te iluminó? ¡Mi estrecho abrazo amoroso te hará lograr sin duda la divinidad! Redime al mundo: esta es tu misión. Si esta hora ha de convertirte en Dios, por ella déjame condenada eternamente y que mi herida no se cure jamás.

PARSIFAL.—¡A ti también, oh malvada, te ofrezco tu salvación!

KUNDRÍA.—Si quieres redimirme, permíteme que yo te ame, divina criatura.

PARSIFAL.—Si me enseñas el camino que conduce á Amfortas, obtendrás amor y salvación.

KUNDRÍA (en un arranque de furor).—¡Nunca lo encontrarás! Ha caído y deja que se pierda, ¡el indigno, el que no pudo dominar su concupiscencia y de quien yo me burlé y reí! ¡Ja, ja! ¿No fué herido con su misma lanza?

PARSIFAL.—¿Quién pudo herirle con arma divina?

KUNDRÍA.—El, él; aquél que en otros tiempos castigó mi risa: su maldición. ¡Ah! me da fuerza; ¡y dispondré de esa arma contra ti, si dispensas al pecador la honra de compadecerte de él! ¡Ah,

delirio! ¡Piedad! ten piedad de mí! Sé mío sólo una hora, sólo una hora deja que sea tuya: y te indicaré el camino que buscas!

(Quiere abrazarle: él la rechaza impetuosamente).

PARSIFAL.—¡Apártate, mujer indigna!

KUNDRÍA (rásgase las vestiduras y grita con furor salvaje).—¡Socorro! socorro! Venid á mí! detened al temerario! ¡A mí! cerradle el paso! obstruid los caminos y los senderos! ¡Y aun cuando huyeras de aquí y encontraras abiertos todos los del mundo, jamás encontrarás el que tú buscas! Pues maldigo todos los senderos y caminos que te lleven lejos de mí: ¡Engaño! ¡Engaño, que tan familiar me eres, sé tú mi guía!

(Klingsor sobre el muro del castillo: las muchachas salen igualmente del edificio en ademán de acercarse á Kundría).

KLINGSOR (blandiendo una lanza).—¡Alto allí! te conjuro con el arma verdadera: ¡el loco me será entregado por la lanza de su señor! (Arroja contra Parsifal la lanza, la cual se queda suspendida sobre su cabeza; Parsifal la coge con la mano y la blande con ademán entusiasta haciendo al mismo tiempo el signo de la cruz). Con este signo conjuro tu magia: ¡del mismo modo que esta lanza curará la herida que con ella inferiste, se convertirá en luto y en ruinas tu engañadora magnificencia!

(El castillo se hunde como por la fuerza de un terremoto; el jardín se agosta y convierte en desierto: las muchachas se quedan esparcidas por el suelo en forma de flores marchitas.—Kundría ha caído exhalando un grito. De lo alto de una ruina del muro, se vuelve otra vez hacia ella Parsifal).

PARSIFAL.—¡Ya sabes dónde únicamente podrás volver á verme! (Desaparece.—Telón rápido).



ACTO III

En el dominio del Gral.—Hermosa comarca en primavera. Una vega florida que se eleva suavemente en el fondo.—El lindero del bosque ocupa la parte delantera del escenario y se extiende hacia la derecha. En la parte delantera, por el lado del bosque, una fuente; enfrente de ésta, pero algo más baja, una cabaña de ermitaño recostada en una roca. Amanece.—Gurnemancio, muy envejecido, vestido tan sólo con la camisa de los caballeros del Gral, sale de la cabaña.

GURNEMANCIO.—De allá ha venido la voz quejumbrosa. Ninguna fiera gime tan tristemente, y menos aún en un día tan sagrado como éste. ¡Me parece que esa voz no me es desconocida! (Se oye un gemido sordo que parece exhalado por una persona oprimida por los ensueños.—Gurnemancio se acerca resueltamente á una mata de espigas que está á un lado: éste está cubierto completamente de arbustos: arranca violentamente la mata: luego se para de repente).—¡Ah! ¿Ella aquí otra vez? Estas ásperas espigas invernales la tenían oculta: ¿quién sabe desde cuándo? ¡Sús! ¡Kundría! ¡Sús! El invierno se ha desvanecido, ya está